

Nahualismo y control social en un pueblo de la ciudad de México

A veces es fácil distinguir los aspectos culturales provenientes de la cultura prehispánica de aquellos que fueron impuestos por los españoles, a pesar del proceso de aculturación por el que nuestra sociedad ha pasado. Desde el punto de vista de la cosmovisión actual, muchos de los antiguos elementos religiosos de la cultura nativa coexisten en las sociedades urbanas, incluso hasta nuestros días. Esto se ve con mayor claridad en grupos con elementos de cultura rural que se hallan inmersos en la gran urbe, como viene a ser el pueblo de la Candelaria en la ciudad de México. Uno de los aspectos que analizamos en este trabajo es el papel del *nahual*, una pervivencia prehispánica, que es utilizado como elemento de control social en dicho pueblo.

A grandes rasgos se dice del nahual que es un brujo con la capacidad de convertirse en animal, bola de fuego, meteoro o rayo y en ocasiones en un hombre de dimensiones diminutas para hacer el bien o el mal dentro o fuera de su grupo. Se considera nahual tanto a la persona como al animal en el que se convierte (Villa Rojas, 1985: 536).

Aguirre Beltrán (1963: 103) considera que el complejo del nahualismo se ha conservado como un elemento de resistencia cultural. Consideramos que el caso que vamos a presentar está ligado con la preservación de la propia estructura del grupo de estudio: la familia y las relaciones de parentesco que, como veremos más adelante, son controladas por su relación directa con el nahual.

El concepto de nahual surge en el México prehispánico. Su nombre se deriva del verbo *nahualtia* que quiere decir “escondarse, ocultarse”, como lo señalan los cronistas Ruiz de Alarcón y Jacinto de la Serna (López Austin, 1972: 95). Para los antiguos mexicanos se tenía la predisposición para ser nahual si se nacía bajo el signo calendárico de Ce-quiahuit (Aguirre Beltrán, *op. cit.*). También, como lo dice López Austin (1980: 413), se podía ser nahual si se era de noble cuna y si de niño sus padres lo ofrecían al agua el día de Ce-Ehecatl, dedicado a Quetzalcóatl. El autor que comentamos menciona la creencia, entre los mexicas, de que el nahual desaparecía cuatro veces del seno materno durante su gestación y señala así mismo la idea de que se caracterizaba por poseer gran tamaño y conocer bien el mundo de los muertos. El nahual no tenía mujer y vivía en el templo donde hacía penitencia (*ibid.*: 419).

Cuando el nahual se dedicaba a hacer el bien se le tomaba por sabio, adivino, poseedor de discursos, luchador contra las inclemencias del tiempo y auxiliar en épocas de sequía, ya que provocaba la lluvia (*ibid.*: 418).

Desde el periodo prehispánico se piensa que también puede hacer el mal. La mayor parte de las veces, cuando asume esta conducta realiza sus fechorías convertido en animal y, cuando se le hiere en esta forma, al día siguiente muestra heridas en el cuerpo en las partes en que fue dañado. Si se le mata en esta manifestación aparecerá muerto en su forma humana. De

igual modo, si se le atrapa cuando se muestra zoomórficamente y se le mantiene hasta el amanecer, es seguro que muera.

Hoy día se considera que el nahual no sólo presenta las conversiones ya citadas, sino que puede permanecer dormido en su forma humana y ejercer su acción desdoblándose en animal (Olivarrieta, 1974: 168). Igualmente es factible que se muestre como una especie de emanación anímica que sale de su dueño y que puede introducirse en el cuerpo de su víctima para dañarlo a través de una enfermedad lenta, como chupar su sangre o comerse su corazón. Es capaz, asimismo, de capturar de su víctima algún elemento vital y provocarle una grave enfermedad. Sahagún (ed. 1985: 555) nos dice al respecto, al apuntar al mundo prehispánico que “el nahual de noche espanta a los hombres y chupa a los niños”; López Austin (1980: 424) y Villa Rojas (1983: 536), al referirse a los grupos nahuas y tzeltales, respectivamente, comentan que existe la idea de que en los nahuales hay una sustancia interior que descansa en el día y en la noche sale para vagar en el exterior.

Es una idea generalizada actualmente la de que el nahual recorre grandes distancias, comete hurtos y, gracias a su forma animal, puede hacer cosas que en un cuerpo humano le serían imposibles. Otra forma de concebir al nahual se da entre los tzeltales de Chiapas (Villa Rojas, 1985), quienes piensan que es un espíritu familiar que poseen las personas ancianas o destacadas, y que en las noches adquiere la forma de animal, fuego, etc. Al rondar por el pueblo descubre a los infractores sobre los que ejerce castigos: su acción va encaminada contra los lujuriosos, los que cometen incesto, los que pretenden vivir como blancos o intentan sobresalir en su grupo mediante la ostentación de riqueza. Vemos pues aquí que el nahual ejerce un control importante. De acuerdo con Hermitte (1970) en este grupo todos los hombres poseen nahuales, diferenciándose por el hecho de que los de los hombres destacados vuelan alto y son poderosos, mientras que los de los hombres comunes vuelan bajo y son débiles. Esta manera de enfocar al nahual se confunde con el concepto de *tona* o animal compañero que en las creencias de algunos grupos indígenas es el animal que posee una liga mágica con un individuo desde el día de su nacimiento, lo que les hace compartir destinos comunes.

Hermitte (*ibid.*: 5) comenta también, para este mismo grupo, la creencia de que los hombres tienen varios nahuales que los ayudan en la supervivencia. La

comisión de infracciones puede llevarles, por otra parte, a la pérdida de alguno de ellos.

Varios son los procedimientos que se tienen en los diversos grupos para llegar a ser nahual. Tenemos la realización de ejercicios, revolcarse en la ceniza del fogón, la transmisión hereditaria o la lectura de libros de magia.

En distintos grupos étnicos la creencia en el nahual varía. Lo consideran maligno los nahuas de la Sierra de Puebla, los chinantecos de Oaxaca, los tzeltales, los totonacas de la Sierra y algunos grupos otomíes del Mezquital, entre otros (Sigñorini y Lupo, 1989; Weitlaner, 1977; Villa Rojas, *op. cit.*; Hermitte, *op. cit.*; Ichón, 1973; Tranfo, 1974). Hay que recordar que en ocasiones puede ser benigno e incluso enfrentar a los nahuales de otras comunidades para defender a su grupo (Sheffler, 1983: 87).

Vemos pues las variaciones que se dan sobre la creencia del nahual en diferentes grupos étnicos del país. Curiosamente, pocos datos se tienen en el medio suburbano (Madsen y Madsen, 1972) y muchos menos en el medio urbano (Lagarriga, 1995). Por este motivo consideramos que puede ser de interés ver las características del nahual en un pueblo enclavado en la ciudad de México, situado a las orillas de las calles de Pacífico y División del Norte en Coyoacán, D.F. Se trata, como ya lo dijimos, de la Candelaria, que consta de 10 000 habitantes y constituye uno de los cuatro pueblos de la delegación coyoacanense. Dicho pueblo se caracteriza porque sus habitantes, desde el siglo XVI hasta hace treinta años, eran integrantes de una cultura campesina que de manera gradual casi ha desaparecido al ser despojados de sus recursos acuíferos para abastecer a otras colonias residenciales de la ciudad de México, convirtiéndose entonces en una barriada de trabajadores de las fábricas aledañas. No obstante, conservan muchos elementos de su cultura campesina en una abigarrada expresión religiosa popular plena de festividades, elaboración de trabajos artesanales (portadas de flores, canastas, coronas, tapetes de aserrín) y formas de organización social y religiosa, en las que subsisten las mayordomías y una fuerte integración de la familia. Para conocer las concepciones tradicionales en la Candelaria entrevistamos a 20 familias integradas por individuos de diferentes edades que oscilaban entre ancianos, adultos, jóvenes y hasta adolescentes. Todos los entrevistados dieron por hecho la existencia del nahual.

El nahual fue visualizado, la mayor parte de las veces, como un perro que jala cadenas o que crece gra-

ANTROPOLOGÍA

dualmente a medida que se acerca a su víctima para espantarla. Se dice que los nahuales en su forma humana tienen rasgos de perro y que a pesar de los años no muestran signos de envejecimiento. También pueden adquirir forma de burro o becerro. Se afirma además que en el momento de su transformación el nahual es inconsciente y actúa por instinto. Las actividades del nahual en la Candelaria están reducidas a espantar a la gente en las noches, robarse el nixtamal y los tanques de gas, lo que sustituye, por la influencia urbana, al antiguo hurto de animales.



Foto de Romualdo García

Son nahuales los hombres que han cometido incesto al casarse con su prima hermana o con la hermana de la esposa fallecida. Con mayor razón el que comete incesto con su hija se hace acreedor a ser castigado con la conversión en nahual. Así, por ejemplo, en este pueblo existe la creencia de que hasta hace poco un peluquero que había tenido relaciones sexuales con su hija había sido enterrado clandestinamente, bajo el pirul de su casa, y el hijo producto de esta unión se aparecía en forma de perro y espantaba a la gente, hasta antes de morir. Otro motivo para convertirse en nahual es faltarle el respeto a los padres y golpearlos. El nahual sufre en la tierra el castigo por sus pecados. Se hacen acreedores a ese tipo de condena los que atentan contra el fundamento del grupo: la familia.

Algunos de los nahuales del pueblo son señalados por su nombre propio. Ser nahual es un castigo que puede transmitirse hereditariamente. Los niños no pueden ser nahuales, es hasta a la edad adulta cuando este castigo les afecta. Algunos informantes dicen que se llega a ser nahual mediante el estudio de las ciencias ocultas y no por castigo.

Si bien la figura del nahual, como se concibe en la Candelaria, se relaciona con el incesto y la armonía familiar, como sucede en algunos grupos étnicos del país ya mencionados, su papel es diferente.

En la comunidad estudiada no es nahual el que por sus poderes de metamorfosis sorprende y castiga al infractor de normas de tipo sexual encarnando un símbolo de poder y control en el grupo. Aquí, convertirse en nahual es un castigo por una infracción cometida, una maldición que puede heredarse.

Toda sociedad tiene la necesidad de normar la conducta de sus integrantes. Lo llamativo en la Candelaria es que, como forma de control social, perviven elementos de tipo prehispánico dirigidos hacia la conservación de la estructura propia del grupo.

Entre los antiguos nahuas existía el *tlacatecolotl*, un hombre-mago que convertido en búho salía en las noches para dañar. El *tlacatecolotl* era un nahual con poderes que ejercía a voluntad. Es probable que con el transcurso de los años, en la Candelaria, sólo se conservara la creencia del nahualismo como castigo no ejercido por un hombre con poderes, sino como algo que recae directamente sobre los individuos cuando cometen una falta grave.

Vemos pues que una forma de control social se realiza con un personaje que les ha sido familiar desde

ANTROPOLOGÍA

tiempos muy antiguos, por lo que se personifica en el nahual una forma de sanción divina que debe purgarse en este mundo. Sabemos como dice Winick (1960: 279), al referirse al incesto, que “los tabués de incesto son emocionales e intensos y sus sanciones son generalmente religiosas”.

La Candelaria, una sociedad dentro de una gran urbe, que manifiesta resabios rurales, mantiene como estructura básica a la familia. La obediencia y el respeto a los padres se impone, pues los progenitores, al igual que en el México prehispánico, merecen un trato deferente. El infractor de esta norma, por agredir físicamente a uno de sus padres, debe ser castigado, del mismo modo que debe ser sancionado aquel que viola las relaciones de parentesco y comete incesto, en este caso por unirse sexualmente a la hija, la hermana, la cuñada (aunque, como ya lo habíamos indicado, se case con ella siendo viudo de la hermana), la tía, la sobrina, o viceversa.

Curiosamente el castigo local hacia este tipo de conducta desviada no se basa en medidas derivadas de la legislación vigente, eclesiástica o civil, sino que pervive el nahualismo como instrumento de control social, lo que de alguna manera significa que existe una fuerte resistencia cultural que permite mantener antiguas creencias nativas.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Medicina y magia*, INI, México, 1963.
- Hermitte M., Esther, *Poder sobrenatural y control social*, INI, México, 1970.
- Ichon, Alain, *La religión de los totonacos de la Sierra*, INI, México, 1973.
- Lagarriga Attias, Isabel, “El nahual y el diablo en la cosmovisión de un pueblo de la ciudad de México”, en *Anales de Antropología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, vol. 30, México, 1995, pp. 277-288.
- López Austin, Alfredo, “Cuarenta clases de magos del mundo náhuatl”, en *Estudios de cultura náhuatl*, vol. VII, 1967, pp. 87-117.
- , *Cuerpo humano e ideología*, UAM, México, 1984.
- Madsen, William y Claudia Madsen, *A Guide to Mexican Witchcraft*, Minutiae Mexicana, México, 1972.
- Olavarrieta Marenco, Marcela, *Magia en los Tuxtlas*, Tesis de Antropología Social, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, 1974.
- Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España (1575-1585)*, Porrúa, México, 1985.
- Sheffler, Lilian, *Magia y brujería en México*, Editorial Panorama, México, 1983.
- Signorini, Ítalo y Alessandro Lupo, *Los tres ejes de la vida. Alma, cuerpo, enfermedad entre los nahuas de la Sierra de Puebla*, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, 1989.
- Tranfo, Luigi, *Vida y magia en un pueblo otomí del Mezquital*, INI, México, 1974.
- Villa Rojas, Alfonso, “Kinship and nagualism in a tzeltal community southeastern Mexico”, en *Estudios etnográficos. Los mayas*, UNAM, México, 1986, pp. 523-534.
- , “El nagualismo como recurso de control social entre los grupos mayenses de Chiapas, México”, en *Estudios etnográficos. Los mayas*, UNAM, México, 1985, pp. 535-555.
- Weitlaner J., Roberto, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, INI, México, 1977.
- Winick, Charles, *Dictionary of Anthropology*, Peter Owen Limited, Londres, 1960.